
CAPITULO IX

**Una casita pobre.--Desesperacion.--Elocuencia de amor.--El precio de una cadena.
La oracion.--El pan de cada dia.**

I

Dos meses despues de los sucesos anteriores, y en una hermosa mañana de Marzo, dos personas estaban desayunándose sentadas delante de un veladorcito que cubria una blanca servilleta. Hallábanse en una salita de un cuarto tercero de la plazuela de Bilbao, uno de los más agradables sitios de la coronada villa.

Eran apenas las ocho, y ya el sol bañaba de lleno aquella alegre estancia, amueblada con sencillez suma, ó más bien con pobreza. Algunas sillas pintadas de verde, una mesita y sobre ella un tocador y algunos frascos de porcelana componian todo su mueblaje; y sin embargo, habia allí un no sé qué de risueño y encantador que

conmovia dulcemente el corazon y el alma. Caian delante del balcon, ocupado todo él por frescas y tempranas plantas colocadas en macetas de barro, anchas cortinas de muselina lisa, sin otro adorno que un simple feston, pero hecho por una mano primorosa. Estas cortinas estaban levantadas para dejar pasar el sol y el aire por el balcon abierto, y mostraban unos visillos, no menos blancos, que cubrian los cristales.

Las puertas de la alcoba estaban abiertas tambien de par en par, y en su fondo se divisaba una hermosa cama de caoba, bien mullida, y cuya colcha, así como los almohadones, guarnecidos de un encaje comun y muy barato, desafiaban en limpieza á la misma nieve. A los piés de la cama habia un cofre enorme y viejo, que probablemente serviria de guardarropa, y á la cabecera una imagen de Jesus, de yeso blanco, clavada en una cruz de madera negra.

A través del balcon abierto se divisaba un bello pedazo de cielo azul y puro, y los árboles de la plazuela, que ya empezaban á brotar tiernos pimpollos verdes. Oíase el canto de los pajarillos, las voces de los vendedores de verduras y buñuelos y las alegres risas de los muchachos, que jugaban al sol antes de ir á la escuela. Todo era vida, movimiento y alegría; y sin embargo, la frente de una de las dos personas sentadas al lado del velador, de que ya he hablado, permanecia ceñuda y sombría.

Era Claudio Laroche. Consuelo, sentada enfrente de él, le miraba melancólicamente; más cuando Claudio alzaba la cabeza la pobre niña fingía comer con mucho apetito de un plato de patatas cocidas que tenía delante.

Extraño era, por cierto, el contraste que ofrecían ambos esposos. Los dos vestían de luto por Leontina.

Claudio, alto y robusto, era muy moreno, y en su soberbia cabellera negra y en su bigote empezaban á aparecer algunas hebras de plata. Su ancha frente estaba de continuo cargada de densas nubes, y la mirada de sus ojos era casi siempre huraña y desconfiada, efecto del amargo conocimiento que tenía del mundo y de sus habitantes. Vestía una raída levita y un pantalon no ménos viejo; su calzado se hallaba también en mal estado, y sólo la deslumbradora blancura de su camisa le daba cierto aspecto de decencia.

Consuelo tenía puesto un vestido de indiana de la más barata, de fondo negro, con lunares blancos muy pequeños. Un cuellecito de crespon negro volvía sobre el cerrado escote de su traje, cortado con suma gracia; y sus cabellos rubios, recogidos sin ostentacion, daban á su bella cabeza una expresion risueña y encantadora, á la par que noble y sencilla.

II

—¿No comes, Claudio? preguntó dulcemente

la jóven á su marido al ver que no llevaba á la boca ni la parte más leve de su pobre almuerzo.

Estremecióse Laroche, como si saliese de un profundo sueño, y llevó la mano á su tenedor de hierro con precipitacion.

—No comas si no tienes apetito, Claudio, dijo la jóven dejando su asiento para acercarse á su marido: vale más que escuches lo que quiero decirte.

—Habla, repuso Laroche mirando con atencion á su mujer.

—Tú estás triste, Claudio, muy triste, dijo Consuelo, cuyos hermosos ojos azules se llenaron de lágrimas; ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

—Nada, contestó Laroche con una especie de amarga ferocidad.

—¿No quieres confiarme tus pesares?

—Te digo que no los tengo, ¡déjame!

—¡Si los tienes! repuso Consuelo con una vehemencia tan dolorosa, que sus blancas mejillas se cubrieron de carmin. ¡Los tienes, sí, y yo lo sé porque te amo!

—¡Consuelo! gritó Laroche levantándose con furia.

—Yo sé, prosiguió la jóven con mayor energia, yo sé que el Duque D. te ha despedido hace un mes para dar tu destino á un jóven á quien protege un ministro amigo suyo: sé que mientras has estado en tu destino, has consagrado casi todo tu sueldo á pagar deudas atrasadas, y que hoy

tienes aún acreedores, y no te queda ni aún para comer.

—¡Y bien, sí, todo eso es cierto! gritó Laroche con aire de desafío: ¡estoy arruinado, perdido, soy un miserable! ¡Quiéres saber más?

—No, repuso Consuelo: ya sé lo bastante. ¡Sé que Dios no desampara jamás à sus hijos!

—¡Dios! repitió Claudio con sonrisa amarga y sacrilega.

—¡Dios, sí! Mira ese cielo brillantado, y la esperanza renacerá en tu alma marchita. Mira ese sol que calienta nuestros piés, esos niños que bullen en la calle, esos árboles que reverdecen al soplo divino de sus labios, esos pajarillos que le alaban y le dan gracias porque nos envía este hermoso día! ¡Claudio! ¿Serás tú el sólo sér ingrato de la creacion?

Serenóse algun tanto la adusta frente de Claudio; jamás habia visto tan bella à su mujer. Brillaban con entusiasmo los ojos de la jóven: palpitaba su seno y sus blancas mejillas se habian cubierto de un vivo sonrosado.

De repente llamaron à la puerta. Claudio se estremeció violentamente, y su esposa clavó en él una mirada de profunda piedad al levantarse para ir à abrir.

Claudio quiso acudir à ver quién llamaba; pero ya era tarde, pues vió entrar de nuevo à su mujer seguida de un hombre de fisonomia vulgar y repugnante, y vestido con sórdido descuido.

Era el casero; el casero, à quien Claudio debia ya cuatro meses de aquileres, pues habitaba allí desde dos meses àntes de unirse à Consuelo.

Aquel hombre grosero y brutal lo habia amenazado muchas veces con hacerle embargar cuanto tuviese, y hacia sólo dos días que habia tenido con él una violenta disputa. Claudio, encendido de ira, se levantó é iba à salir à su encuentro. Recordaba los insultos de que le habia abrumado en la calle, llamando la atencion pública el día de su última entrevista, y ahora que estaba en su casa queria vengarse de él. Mas con gran asombro suyo vió que le saludó humildemente, y oyó que luégo dijo à Consuelo.

—He venido, señora, segun usted se sirvió mandarme ayer.

—Me alegro de la puntualidad de usted; repuso alegremente la jóven. y le suplico espere un momento.

Dicho esto entró en la alcoba.

Claudio, atónito, oyó abrir el gran cofre que estaba à los piés de su lecho; oyó tambien un ruido metálico, y en su estupor se preguntaba de dónde habia sacado dinero su mujer, cuando ésta salió de la alcoba. Hizo al casero una graciosa señal para que se aproximase, y le dijo:

—Mi esposo me dió ayer esto para usted.

—¡Corriente! exclamó respirando con profunda satisfaccion el casero, y sepultando en sus bolsillos dos hermosas pilas de Napoleones; cuatro

meses á diez duros. . . . ¡cuenta cabal, cuarenta! Señores, soy su humilde servidor.

Salió aquel hombre y Consuelo se volvió á mirar á su esposo.

—¿Qué tienes, exclamó al ver la desesperacion profunda que se pintaba en las facciones de Laroche; ¿qué te sucede Claudio?

—¿Con que tambien tú? murmuró éste con amargura, ¡tambien tú te has vendido! ¿Con que es mi suerte el inficionar cuanto se me aproxima!

—¡No te comprendo Claudio! repuso la jóven con las mejillas rojas de vergüenza y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Desventurada! exclamó el desdichado, repeliendola con fuerza; ¡tú tambien eres lo que son todas! ¡sólo veo en torno mio el vicio y la miseria!

—Pero ¡Dios mio! ¿qué dice este hombre? gritó Consuelo cubriéndose el semblante con las manos; y luégo acercándose á su marido prosiguió:

—Claudio, no comprendo bien tus palabras porque nada sé del mundo; pero creo. . . . ¡creo que dudas de mí!

—¿Y despues de todo, qué importa? murmuró Claudio á media voz, y como hablando consigo mismo; ¿no he sido yo siempre un criminal? Dos meses he acariciado la ilusion de que un sér puro é inofensivo me pertenecia y me amaba, y tal creencia me hacia bien, y me consolaba de la in-

digencia que volvía á amenazarme! ¡Pero esta ilusion se ha desvanecido, como tantas otras, y el cieno de la realidad me rodea de nuevo! ¡No me mires así! prosiguió volviéndose á su esposa; mi destino es perderte, como perdí á tu padre, como perdí á tu madre. . . . sin quererlo. . . pero ello fué. . . . Tampoco queria que tú me trajeses oro, y sin embargo. . . . me lo has traído. . . . ¡Pues bien, ya que has empezado. sigue, sigue.

Una carcajada seca y amarga ahogó los últimos ecos de sus palabras; y en tanto reia convulsivamente, lágrimas encendidas, lágrimas de rabia corrian de sus ojos, é inundaban sus lividas mejillas.

Consuelo habia levantado la cabeza desde el instante en que habia empezado á hablar su marido: cada una de aquellas palabras entrecortadas por gemidos, habian penetrado hasta su corazon y habia descornado el cándido velo que ofuscaba su inteligencia. Comprendió que su marido dudaba de su virtud é inocencia, y cuando acabó de hablar, se levantó erguida, serena é imponente; se acercó á él; separó las manos abrasadas de Claudio de su semblante; sacó de su pecho un pequeño medallon y mostrando á su marido el cordon de seda de que pendia le dijo estas solas palabras.

—¡Miral

Claudio miró con afan el negro cordoncito,

apagóse el sombrío fulgor de su mirada: cesaron los lúgubres ecos de su risa, clavó con afán los ojos en el apacible rostro de su mujer, y cayendo á sus piés, murmuró levantando sus ojos y vertiendo un raudal de llanto consolador y dulce:

—¡Perdon!

III

Después de algunos instantes de mutuo enternecimiento, Consuelo hizo levantar á su marido, le obligó á sentarse y ella ocupó otra silla á su lado.

—Claudio, le dijo tomando una de sus manos; óyeme, y miremos con calma nuestra situación: nada tenemos; pero Dios nos ayudará, si le rogamos con fé y esperanza. Oye, continuó la jóven con una gravedad que nunca habia advertido en ella su marido, y que nacia del convencimiento y de la calma de su virtud; oye Claudio; yo no sé tu pasado, ni trato de saberlo; pero quiero hablarte del mío para que no dudes de mí.

Tenia una madre que no me amaba. ¡Dios haya perdonado á la infeliz! En sus últimos momentos pareció renacer cierta ternura para mí en su corazón, y al verte me recomendó á tus cuidados: te conocía sin duda alguna, y sabía que tú eras capaz de ser bueno. Pues bien, Claudio, yo, que á nadie habia amado y que tampoco habia sido amada de nadie; yo, que he vivido siempre

en el más absoluto retiro, yo, tratada con dureza por mi madre y por todos aquellos que me han rodeado; yo, Claudio, te quiero mucho y deseo que seas feliz.

—¿Qué te mueve á quererme? preguntó Laroche, que escuchaba extasiado á su mujer.

—¿Qué? repuso ella con ese fuego que nace del corazón y que se comunica como una chispa eléctrica. Me preguntas qué es lo que me obliga á quererte, Claudio? En primer lugar la necesidad de amar que siente mi corazón, luego el conocer que eres muy desgraciado, y ahora, el saber, porque tú lo has dicho, que has sido criminal.

—¡Consuelo! ¿Será cierto lo que dices? exclamó Claudio, mirando con un asombro que crecía por instantes á aquella criatura, á quien siempre habia atribuido una alma fría, y que ahora se expresaba con tanto fuego y pasión.

—¡Pues qué! continuó la jóven, cuyo seno palpitaba con violencia; ¿es poco para una mujer el decirse:—¡yo puedo dar la fe de mi amor á ese hombre que otras mujeres han hecho descreído! ¡Yo puedo hacerle tan bueno como el mundo le ha hecho malo! ¡Yo puedo trabajar con él, sufrir con él, gozar con él de la vista de la naturaleza! ¡Yo puedo enseñarle á decir desde lo más hondo de su alma: “¡Señor, padre de los buenos, yo creo en tí y adoro tu bondad!”

—Pero, ¿y la pobreza Consuelo? ¿Y la pobreza que nos agobia, y que me obligará de nuevo

á ser criminal?

—Claudio, óyeme aún, y descendamos á la vida material; mira, yo he vendido la cadena que me regaló Alicia, para pagar una deuda: ¿tienes más?

—Algunas, pero me veré obligado á contraer otras nuevas.

—No lo creas, aún tenemos dinero.

—¡Dinero!

—Sí: la cadena tenia un broche de amatistas, y me han dado mil quinientos reales por ella.

—¡Y te has desposeido de la única alhaja que conservabas, siendo además un don de tu amiga!

—¿Qué importa? Me era odiosa su vista, pues ella causó la muerte de mi pobre madre; en cuanto á Alicia, su helado corazón dará poco valor á que yo conserve ó no la cadena: ella derrama el dinero en torno suyo, sin cuidarse de quién lo recoge.

—¡Resulta, pues, que aún tienes treinta y cinco duros?

—Sí; míralos en el cajón de la mesa.

—La cantidad que debo es mayor que esa.

—Pues tómalala y contenta con ella á tus acreedores, diciéndoles con nobleza:—por ahora no tengo más; pero así que adquiera, acabaré de arreglar mis cuentas.

—Lo haré, repuso Claudio, que manifestabá á su mujer la misma docilidad que al doctor Simpson, su antiguo y generoso bienhechor; lo haré

así; pero ¿con qué viviremos hasta que yo pueda ganar alguna cosa?

—Yo tengo catorce duros todavía, Claudio, contestó la jóven con inocente alegría.

—Tú?

—Sí.

—Pero.....

—Mira: á las ocho días de casarnos conocí que no tenias dinero, y quise trabajar.

—¿Qué dices!

—Hay en el cuarto principal una señora anciana que tiene doncella de labor; mas la que servia por aquellos dias se le habia ido enferma, yo le agradé y la segunda vez que subió á verme le dije con toda franqueza:—señora, somos recién-casados y tenemos que poner casa, ¿quiere usted que repase y aplanche su ropa blanca en tanto busca doncella?

—¡Has hecho eso, Consuelo! ¡Oh Dios mio!

—Ves, amigo mio? ¡Ya nombras á Dios! En todas las acciones buenas, su nombre viene involuntariamente á nuestros labios!

—¡Es verdad! ¡Tú me haces creer por la primera vez en mi vida en la bondad de la Providencia! exclamó Laroche besando con pasión las manos de su mujer; ésta continuó así:

—La señora se enterneció, y me dijo:—Sí, hija mia, y para que no falte á usted el auxilio que quiere ganar con tanta honradez, no daré en adelante el repaso á mi doncella: desde hoy le se-

ñalo á usted dos duros por semana ¿le parece bien?

Yo le dí mil gracias: y todas las semanas me sube un gran cesto de hermosa ropa, que apenas tiene que coser, y que plancho muy contenta, porque siempre me ha gustado mucho esta ocupacion.

—¡Oh, vergüenza mia! ¡Trabajar tú por mí! exclamó dolorosamente Claudio ocultando entre las manos su semblante.

—¿Y qué hay de malo en ello? dijo la jóven ¿no somos marido y mujer, es decir, uno mismo?

—¡Ah! ¡si supieras lo que yo he sido, te avergonzarías de tu beneficencia!

—Jesus, cuando andaba por el mundo, repuso Consuelo, adoptando el lenguaje inocente de la niñez que era en ella el más natural; Jesus nuestro Salvador no reconvenia á los pecadores; llevaba la miel en los labios, y convertía con beneficios y con palabras de mansedumbre; ¿y sabes por qué? ¡porque amaba mucho al género humano, y el amor no sabe reconvenir!

—¡Trabajar tú por mí! repitió Claudio, que parecia agobiado por esta idea tenaz; ¡tú la hija del conde de Harley, por mí, hijo de un herrero!.....

—¡Dios murió lo mismo por el noble que por el plebeyo, Claudio: todos somos sus hijos: él no ha dicho que en el cielo habrá un sitio para el conde y otro más bajo para el artesano honrado! Claudio, yo soy tu esposa, y si tu padre viviera,

yo besaria cada noche su mano ennegrecida por la fragua, y santificada por el trabajo!

—¡Tu noble naturaleza me tiene absorto Consuelo! ¿Cómo sabes unir así las ideas sublimes con la sencillez de la infancia?

—La verdad es siempre sublime, Claudio, pero es sencilla tambien.

—¡Ahora conozco que jamás habia resonado en mis oídos!

—De mí la oirás siempre: vamos, añadió Consuelo levantándose y abriendo el cajon de la mesita, toma los treinta y cinco duros, y además doce de los catorce de que te he hablado ántes.

—¡Entónces... son cuarenta y siete!

—Justamente.

—Es decir, el total de lo que debo.

—¿Qué dices? ¿puedes pagar todo lo que debes?

—Llevándome ese dinero, sí.

—Pues ¡tómalo! exclamó Consuelo con alegría.

—¿Y qué! observó dolorosamente Claudio, ¿vamos á quedarnos únicamente con cuarenta reales?

—¡Por qué no?

—¡No tengo ahora ocupacion ninguna, ni sé dónde ganar!

—No importa; paguemos, y Dios proveerá: ve á llevar ese dinero, y luego vuelve, y nos iremos á paseo y á tomar el sol.

Laroche se levantó lentamente y fuése á buscar su sombrero.

—¡Claudio, por Dios, no te dejes abatir! exclamó Consuelo al ver el aire triste de su marido; mira, añadió; yo podia ir ahora mismo á casa de Alicia, y rogarle que te diese ocupacion en su opulenta casa; pero no quiero poner en práctica ese medio en tanto tengamos otros, porque sé que Alicia, en su orgullo, no te estima como tú mereces y como yo desearia; así, pues, fiemos en Dios y él no nos abandonará!

Las dulces palabras de Consuelo lograron por fin tranquilizar el ánimo de su marido. No hay felizmente un sér tan duro y descreido que oiga invocar continuamente á Dios sin conmoverse, y sin sentir en el fondo de su corazon un inefable bienestar.....

Claudio estuvo poco tiempo fuera de su casa. Cuando volvió, Consuelo se puso sobre su pobre bata un pañolón de merino negro, cubrió su hermosa cabeza con un velo de tul, y apoyada en el brazo de su marido, salió á la campiña.

El dia habia avanzado tan hermoso como estaba al empezar. Brillaba el sol y los dos esposos vieron en el campo muchas familias que comian sentadas sobre la hierba y muchos niños que corrian alegremente.

Ya á la caída de la tarde volvieron hácia su casa. Al pasar por una iglesia oyeron tocar el

Angelus y Consuelo entró á rezar. Siguióla su esposo y arrodillóse á su lado. De cuando en cuando llegaban hasta su oído las palabras de la oracion de Consuelo y las fué repitiendo, rezando, al fin con sincero é íntimo fervor,

—Claudio, dijo Consuelo al levantarse; estoy muy cierta de que tu oracion nos ha alcanzado ya de Dios el pan de cada dia.

IV

Poco despues de haber entrado en su casa Consuelo con su marido llamaron á la puerta.

Claudio abrió y se halló frente á una señora anciana, vestida modestamente y de aspecto sencillo y venerable.

—¿No está la señora de Laroche, caballero? preguntó á Claudio.

—Sí, sí, señora, respondió Consuelo saliendo apresurada, porque habia conocido la voz de su vecina; estoy aquí, y á las órdenes de usted.

—Sea enhorabuena, hija mia, dijo la anciana con acento afectuoso: veo, añadió, que he elegido bien la hora de mi visita, porque tengo tambien el placer de ver á su esposo de usted.

Claudio se inclinó con la grave cortesía que el trato del mundo le habia enseñado, y que una vez aprendido no se olvida jamás.

—Caballero, prosiguió la buena señora, yo ven-

go hoy, más que á ver á Consuelo, á pedir á usted un favor.

—Deseo complacer á usted, señora, respondió Claudio volviendo á inclinarse. *

—Pues bien, caballero; yo soy sola, viuda, y poseo, ó mejor dicho, debía poseer una fortuna más que regular; pero desde la muerte de mi esposo, acaecida hace algunos años, se han ido embrollando mis asuntos, de modo, que hoy apenas tengo con qué vivir con algun desahogo; ha dejado él dos sobrinos, que, alegando que no tengo hijos, pretenden quitarme casi todos mis bienes, y en el día me han puesto dos pleitos distintos, en los cuales he consumido una buena parte de mi caudal.

—¿Y qué puedo yo hacer por usted, señora?

—Voy á decirlo, señor Laroche; yo necesito un hombre honrado y probo, que se ponga al frente de mi casa y mire por mis intereses: ¿quiere usted ser ese hombre? El marido de la buena, de la amable Consuelo, debe ser, sin duda el hombre que á mí me conviene.

La alegría brilló en los ojos de Claudio.

—Mucho hay que trabajar en mis asuntos, señor Laroche, continuó la anciana: de mucha energía ha de necesitar para disputar á esos dos malvados una riqueza que me pertenece legalmente, pero que ellos confían arrebatarme por medios inicuos: mas hará usted una buena obra amparando á una pobre viuda, á una desvalida anciana,

na, á quien despojan ántes de morir.

—Señora, cuanto valgo es de usted, dijo Claudio mirando con respeto á su vecina; y tanto mejor podré servirla, añadió, cuanto que carezco de toda ocupacion en el día.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la viuda elevando al cielo sus manos: ¡que no pudiera yo dar á ustedes, hijos míos, todo lo que quisiera!... porque lo que en el día me es posible ofrecerles, es muy poco.

—Señora, dijo Consuelo tomando las manos de la anciana, no se aflija usted por eso: Dios ha dicho, *ayudaos los unos á los otros*.

—Es verdad, hija mia, y ha dicho tambien, *que una buena accion no queda jamás sin recompensa*; así, pues, voy á confesar sin rubor á su esposo de usted lo que por hoy me es permitido darle.

La anciana se volvió á Claudio y le dijo con nobleza:

—Amigo mio, no puedo señalar á usted por ahora más que 7,000 reales anuales: ¿podrá usted, por tan mezquinos honorarios, encargarse de mis negocios?

—Podré tambien encargarme de ellos, sin que usted me señale sueldo alguno, repuso Claudio, en cuya alma ardiente penetraba el honor, con más facilidad que el crimen.

—Pues aquí está la primera mensualidad, dijo la anciana poniendo sobre la mesa un bolsillo de

seda; hasta mañana, señor Laroche, añadió levantándose; desde las diez tendrá usted el despacho á su disposición.

Salió la anciana, y Consuelo, arrojándose al cuello de su esposo, exclamó:

—¡Ah! ¡bien te dije yo que tu oracion nos habia conseguido el pan de cada dia!

CAPITULO X

I

El palacio de Alicia.--La carta del doctor. Las heces del cáliz.--La partida.

Entremos en el suntuoso palacio ocupado por mistress y miss Wilsson para echar una mirada á la respectiva situacion de estas dos antiguas amigas nuestras.

Eran las primeras horas de una noche, á fines de Marzo. El palacio de Alicia—pues nadie designaba de otro modo la casa que habitaba Rafaela y su hija—dejaba escapar por los cristales de sus balcones torrentes de luz, ni más ni menos que si dentro de sus muros tuviese lugar un brillante sarao. Sin embargo, sólo estaba ocupado por la viuda del banquero, por su hija y por una numerosa servidumbre.

Alicia, austera por temperamento y educacion, queria guardar rigurosamente el año de luto: no